

sobre todo, se quedó estupefacto porque veía que se le escapaba de las manos con este «proyecto de convenio criminal,» como él lo llamó, la dirección de la cuestión de Oriente; pero con la facilidad que tenía de acomodarse á todas las situaciones, y lo que era más, de presentar sus descalabros hasta como victorias, puso con actividad suma todas las palancas en movimiento para decidir al sultan, furioso del ultimatum ruso, á ceder, á fin de evitar el rompimiento con la Rusia, y el sultan, acallando su rencor y obedeciendo á la dura necesidad, aceptó el ultimatum ruso.

Esta humillación y la noticia de la declaración hecha por el czar al embajador inglés respecto de la cuestión griega, maduró en el sultan Mahmud II la resolución de llevar á efecto la disolución del cuerpo de genízaros, el cual de excelente y formidable arma que había sido en un principio en manos de los sultanes conquistadores, había degenerado en una insolente guardia pretoriana. Ya el sultan anterior, Selim III, había tratado de llevar á cabo esta medida, para lo cual había empezado á transformar su ejército al estilo europeo y por lo pronto la artillería. Los resultados insignificantes que los genízaros habían dado en la campaña contra los griegos insurrectos; la inferioridad vergonzosa de todo el ejército en general comparado con el egipcio; el ejemplo del gobierno ruso, que tan fácilmente había sofocado la última rebelión militar, decidieron al sultan Mahmud II á transformar radicalmente su fuerza armada y á realizar otras reformas para restituir cuanto antes á su imperio su perdido poderío. En su consecuencia, en 26 de mayo de 1826 ordenó que cada una de las 51 secciones de genízaros diera 150 individuos á los batallones de nueva creación. Los genízaros se opusieron y pidieron la anulación de la orden y las cabezas de sus autores. A la negativa del gobierno estalló la insurrección, no sin que el mismo gobierno, que estaba bien preparado, contribuyera secretamente á apresurarla. Rápida y horrible fué su acción: mandó incendiar los cuarteles, y sucumbieron 8,000 genízaros entre las llamas; la metralla hizo lo demás, los que quisieron salvarse huyendo fueron acuchillados en las calles y los prisioneros cogidos con las armas en la mano fueron ahorcados. Con el cuerpo de genízaros murió también la vieja sociedad turca. El tiempo ha evidenciado que ni esta ni otras medidas han podido rejuvenecer el imperio turco, como se esperaba, y todas las tentativas de reconciliar la civilización moderna con el Islam no han producido otro resultado sino debilitar más y más á la Turquía. Por lo pronto no se hallaba el sultan en estado de resistir á una invasión rusa y tuvo que someterse con impotente ira á las exigencias del czar. En 26 de octubre, último día del plazo concedido, envió Mahmud II un plenipotenciario á Akerman con orden de someterse á todas las exigencias rusas, á saber: la renuncia al nombramiento de los hospodares de Moldavia y Valaquia, el arreglo de la administración de la Servia, los privilegios de la bandera rusa en el Mar Negro y otras, satisfecho Mahmud todavía de librarse de esta manera de otras nuevas exigencias en la cuestión griega, ¡Cuál, pues, no debió de ser su ira cuando en seguida el embajador inglés Strafford Canning le presentó, en nombre de su gobierno, el convenio celebrado con el czar para apoyar la causa griega sobre la base admitida en la entrevista de Perivolakia! La contestación del sultan fué negativa y áspera, rechazando en absoluto toda ingerencia extranjera en la cuestión griega; pero ya era tarde, no estaba ya en manos de nadie detener el curso de los sucesos.

Metternich creyó en las seguridades que de sus intenciones pacíficas le dió el czar, porque no podía racionalmente concebir que Nicolás fuera capaz de unirse seriamente con el gabinete inglés, cuyo ministro de Negocios extranjeros,

Canning, acababa de pronunciarse tan enérgicamente en favor de Portugal. Por esta razón rechazó todas las tentativas que hizo Canning para obtener la cooperación del Austria y de la Prusia en favor de la pacificación de la Grecia. Gran empeño pusieron, tanto el czar como el gobierno inglés, en atraer á su partido á la Francia, como contrapeso á su mutua desconfianza. A este fin se trasladó Canning en persona á París, donde el gobierno, inquieto en su aislamiento y bajo la presión de la opinión pública en favor de los griegos, se adelantó á sus deseos y le propuso la transformación del compromiso de San Petersburgo en un tratado en regla entre las tres potencias. Así se hizo, decidiéndose en virtud de este tratado que la Grecia formara un Estado vasallo de la Turquía con su administración autónoma; los turcos establecidos en territorio griego deberían ser expropiados; cada una de las tres potencias interventoras renunciaba á toda ventaja é influencia particular en este arreglo y se obligaba á recurrir, en caso necesario, á medidas coercitivas contra la Sublime Puerta si esta se resistiera á acceder. El tratado se firmó en Londres el 6 de julio de 1827, y el emperador Nicolás exclamó al saberlo: «¡Alabado sea Dios mil veces! Esperemos ahora que todo vaya bien.»

El sultan hizo lo que se había esperado; envalentonado con las noticias favorables del teatro de la guerra, la prudente reserva del gabinete de Viena y la mal disimulada desunión entre las potencias, y cansado de tantos amigos solícitos que solo le habían enredado y comprometido más en lugar de ayudarle, contestó cuando las tres potencias firmantes le comunicaron su tratado en 30 de agosto, que su determinación definitiva, irrevocable é inflexible era no admitir ninguna proposición en el asunto de Grecia. Para hacer frente á todas las contingencias habíase asegurado nuevamente el auxilio de Mehemet Alí, que empezaba á cansarse de los gastos y sacrificios que le imponía la guerra. Para contentarle separó del mando á Khosrev y le reemplazó con otro general más á gusto de Mehemet Alí, dió á este la dirección de la escuadra turca y le cedió la isla de Candía.

Cuando esto sucedía no estaba ya Canning entre los vivos; la muerte de este hombre de Estado, que había sabido poner freno á los caprichos y ambiciones del autócrata de Rusia, pero á quien los diplomáticos de Viena en su odio y despecho habían calificado de «sujeto fatal» y de «jacobino desenmascarado en el banco de los ministros,» reanimó la actividad de Metternich y su esperanza de recobrar la dirección del asunto de Oriente. Consiguio, en efecto, que la Puerta solicitara en 24 de octubre los buenos servicios del gobierno austriaco cerca de las tres potencias convenidas, pero ya era tarde. Previendo la negativa del sultan, había pasado á las aguas griegas una escuadra anglo-franco-rusa compuesta de veintiseis buques con mil doscientos setenta cañones y los respectivos almirantes Codrington, Rigny y Heyden. Estos, viendo que Ibrahim se hallaba con la escuadra turco-egipcia en el puerto de Navarino á punto de acabar en la península y en las islas con la insurrección griega, sofocada ya en el continente, le indujeron á suspender toda operación y no emprender nada hasta recibir nuevas instrucciones de Constantinopla. Sucedió, sin embargo, á los pocos días, que Hastings, partidario de la libertad griega, destruyó siete buques de guerra turcos en el puerto de Salona; y como los citados almirantes se opusieran á que Ibrahim, furioso, pasara allí y escarmentara al atrevido, el egipcio consideró esta oposición como una infracción del convenio, y habiendo recibido al propio tiempo de Constantinopla orden de concluir cuanto antes con la sumisión de la Morea, arrojóse como un tigre con sus fuerzas sobre este infortunado país, asolándolo á sangre y fuego, sin misericordia alguna.

Era imposible que los almirantes, cuyas instrucciones eran muy latas atendidas las circunstancias, mirasen con los brazos cruzados semejantes horrores. Pidieron, pues, á Ibrahim una suspensión de hostilidades, y no habiendo contestado, entró la flota combinada al mediodía del 20 de octubre en el puerto de Navarino y se situó en frente de la turco-egipcia á tiro de pistola. Su intención no era pasar á vias de hecho, pero como los egipcios reclamaban contra la posición que habían tomado los buques y hasta se disparasen desde los suyos algunos tiros de fusil y aun de cañón, Codrington, que como el almirante más antiguo se había encargado del mando en jefe, dió la señal de hacer fuego. Entonces tomaron parte en la lucha también las baterías de tierra; el estampido de tantas bocas de fuego fué horroroso, aumentado por el eco de las peñas escarpadas de alrededor, y en menos de dos horas estuvo todo concluido. De ochenta y dos buques entre turcos y egipcios solo habían quedado veintisiete, y los de la escuadra aliada habían sufrido tanto que tuvieron que pasar á Malta y á Tolon para reparar sus averías.

Un grito unánime de alegría resonó por toda la Europa al saber que la razón inexorable de los hechos consumados había dado al traste con todas las sutilezas de los diplomáticos; pero por esto mismo no encontró eco esta alegría en todos los gobiernos. El francés no ocultó su satisfacción; el ruso estaba también contento, pero la prudencia le aconsejaba no mostrarlo; el gobierno inglés estaba inquieto por haber facilitado con la destrucción de la escuadra turca las agresiones de la Rusia contra la Turquía, y Wellington, en el parlamento, calificó la batalla de Navarino de suceso desagradable é imprevisto, añadiendo que á su juicio no tendría, sin embargo, consecuencias de importancia. Los diplomáticos de Viena se mostraron indignados, y el emperador Francisco dijo que este suceso tenía todos los caracteres de un asesinato alevoso. Lo más singular era que á pesar de tan gran destrucción ninguna de las tres potencias sus causantes se consideraba en guerra con la Turquía, y hasta hicieron expresar al sultan, por medio de sus representantes, su sentimiento por el fracaso ocurrido, y solo retiraron sus embajadores cuando el sultan, en diciembre de 1827, se negó indignado á someterse al convenio de Londres del 6 de julio de aquel año. Entonces publicó el gobierno turco una proclama dirigida á todos los fieles musulmanes, llena de invectivas violentas contra la Rusia; los europeos fueron expulsados del imperio, se activaron los armamentos terrestres y marítimos en grande escala y el espíritu belicoso se comunicó á todas las clases. En vista de esto el czar Nicolás, luego que hubo concluido victoriosamente la guerra contra la Persia, teniendo ya completa su libertad de acción, declaró la guerra á la Turquía en 28 de abril de 1828.

Las cosas habían, pues, llegado al extremo que con tanto trabajo habían tratado de evitar los demás gabinetes. El Austria concentró tropas en Transilvania como para tomar parte en el conflicto; pero la situación aflictiva de su hacienda, por no haber sabido el gobierno aprovechar los últimos catorce años de paz, y el estado de su ejército, poco menos que desorganizado, le prohibieron pasar adelante. El czar se apresuró á tranquilizar al emperador austriaco sobre sus intenciones y el Austria se contentó con poder encerrarse otra vez en la neutralidad más estricta.

Desde la caída de Napoleón, la opinión común creía que las armas rusas eran irresistibles, y nadie dudaba por esto que la suerte de la Turquía estaba sellada, lo cual corroboraron las primeras operaciones de esta guerra (1). En mayo

(1) Véase: *Prokesch-Osten*, pág. 175.—*Papeles póstumos de Metternich*, tomo IV, pág. 602, y á pesar de esta convicción la fanfarronada página 481 en el mismo tomo.

las fuerzas rusas, mandadas por Wittgenstein, pasaron el Pruth, y hasta el 8 de junio no atravesaron el Danubio. Efectuóse la operación en presencia del emperador cerca de Isakchi, demasiado tarde para obtener en aquel mismo año un resultado decisivo. El 18 de junio rindióse la plaza de Braila, y el 11 de octubre Varna fué tomada por traición y después de noventa días de sitio. Con esta plaza cayó en poder de los rusos toda la Bulgaria oriental. Al propio tiempo Paskievich, el vencedor de los persas, se apoderó de las plazas de Kars y de Ajaltzik en Armenia, y á esto se limitaron en aquel año las ventajas alcanzadas por los rusos. La insuficiencia de las fuerzas, la mala administración y las enfermedades obligaron al general en jefe á levantar el sitio de Silistria. Ya había levantado poco antes el de Chumla, al entrar en la estación más cruda del año, y al fin se replegó sobre Jassi después de haber perdido casi toda su caballería. Peor lo habría pasado si los turcos hubiesen tenido un jefe de talento.

Metternich aprovechó esta retirada para formar una alianza europea que impidiera á los rusos pasar adelante tan pronto como se lo permitiese el buen tiempo. En Londres encontró buena acogida su idea, porque el gobierno inglés deseaba separarse de la triple alianza y estaba dispuesto á trabajar de acuerdo con el Austria; pero en París no pudo conseguir nada, ni siquiera cuando dejó entrever que su gobierno no se opondría á que la Francia se apoderase de la orilla izquierda del Rin, porque nadie se fió de él. Todos estos manejos llegaron á oídos del czar, el cual mandó á su embajador en Viena que usase un lenguaje tan enérgico que Metternich se dió prisa á cambiar de rumbo, viendo la completa impotencia del Austria.

Apartados estos obstáculos pudo la Rusia en la primavera de 1829 volver á emprender la guerra con mayor fuerza. Paskievich conquistó en Asia la importante plaza de Erzerum; la escuadra rusa bloqueó el Bósforo y los Dardanelos; Diebitsch, que había sucedido en el mando en jefe á Wittgenstein, dispersó en 11 de junio, cerca de Kulevchi, al ejército del gran visir Reschid Mehemet, y cuando con la capitulación de Silistria en 26 del mismo mes quedaron disponibles nuevas masas de tropa, pudo cercar al gran visir, que había reunido su disperso ejército en Chumla, de donde no podía moverse por el estado fatal en que se hallaban sus fuerzas. Con las tropas sobrantes pasó el generalísimo ruso los Balcanes, famoso baluarte del poder turco tenido hasta entonces por inexpugnable, y se dirigió sobre Aidos. En 20 de agosto entró en Adrianópolis. Empresa tan atrevida, con un ejército diezmando por las balas enemigas, las epidemias y privaciones, podría haberle costado muy cara en la posición avanzada en que se hallaba si hubiese tenido en frente un enemigo resuelto; pero la fuerza de los turcos estaba agotada, los fanáticos partidarios de lo antiguo veían en todas las derrotas y desgracias un castigo de Alá por el exterminio de los genízaros, y la energía del sultan Mahmud estaba completamente quebrantada. Su fortuna fué que el emperador Nicolás no creyó llegado el momento oportuno para plantar otra vez la cruz griega en la cúpula de Santa Sofía de Constantinopla. Nicolás, en efecto, deseoso de no prolongar la guerra, había pasado ya en el mes de junio con su esposa á Berlín para inducir á su suegro el rey de Prusia á encargarse del papel de mediador entre él y la Turquía. El rey, queriendo evitar que la guerra se comunicara á toda la Europa, aceptó y envió al general Müffling á Constantinopla, donde este general, con el auxilio de los demás embajadores, obtuvo la paz, que se firmó en Adrianópolis el 14 de setiembre. En ella el sultan cedió á la Rusia las islas de Anapa y Poti en la embocadura del Danubio, una parte de la Armenia, y se comprometió al pago de diez millones de ducados holan-

deses por indemnización de guerra; además abrió los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo al comercio de todas las naciones, se conformó con hacer vitalicio el cargo de hospodar en los principados danubianos, y finalmente se comprometió á adherirse al tratado de Londres y aceptar las resoluciones de la conferencia de representantes de las tres potencias, reunida en Londres desde el 26 de abril de 1828 con motivo de la cuestión griega.

El pueblo griego sacó de esta paz la ventaja de quedar libre del temor de ser entregado otra vez á los turcos; pero el país estaba completamente exhausto y tan desorganizado, desmoralizado y miserable, que muchos entusiastas de su independencia lo abandonaron desengañados é indignados de la barbarie incorregible que allí reinaba. El presidente electo del gobierno provisional, Capodistria, á su llegada,



El general Diebitsch-Sabalkansky.  
Copia del busto de mármol en el panteón Walhalla, cerca de Regensburg

en 18 de enero de 1828, se encargó de su misión difícilísima pero por desgracia no estuvo á la altura de las circunstancias, porque ni su carácter ni su talento eran á propósito para dominarlas á pesar de su buena voluntad y patriotismo. Mucho hizo para levantar la riqueza y prosperidad materiales, pero su nepotismo, el desprecio ostensible con que miraba la barbarie de sus compatriotas, su empeño en establecer la centralización burocrática, á la cual sacrificó las antiguas instituciones autónomas locales, á cuyos representantes trató con verdadera brutalidad, todo esto enfrió muy pronto el júbilo con que había sido recibido y lo cambió en aversión general. A esto se agregó la sospecha fundada de que no era más que un instrumento del gobierno ruso. Lo cierto es que el czar, al despedirle, le encargó sobre todo como deber supremo la extirpación de todos los elementos revolucionarios y el cumplimiento exacto del tratado de Londres, es decir, la conservación de la influencia rusa en Grecia. Tan obediente se mostró que para favorecer la campaña de los rusos en la cuenca del Danubio renegó la guerra en Grecia, hasta que esta diversion estratégica acabó con la victoria de Demetrio Ipsilanti cerca de Petra. Tanto recelo despertó la conducta de Capodistria, que Wellington, para no dejar que la influencia rusa tomara más incremento y también para que no se llevara ella sola toda la gloria de la redención de la Grecia, accedió al deseo del gabinete de las Tullerías de

enviar un cuerpo de ejército á la Morea para entretener á la nación francesa con el aliciente de alguna nueva gloria militar y desviar así la atención del interior. Esto disgustó mucho, como era natural, á Capodistria, el cual procuró aunque en vano hacer inútil la intervención armada de la Francia, instando á Ibrahim á evacuar la península griega, como en efecto la evacuó. Pronto desembarcaron en Coron 14,500 franceses á las órdenes del general Maison, deseosos de ser conducidos contra el enemigo; pero la conferencia de Londres se opuso á ello y hasta obligó á los franceses á evacuar la Morea, á excepción de una brigada. En cambio, se pusieron la península y las islas vecinas bajo la protección colectiva de las tres potencias. Pero estas no estaban dispuestas á conceder más á los griegos; la capital, Atenas, la joya de la Grecia antigua y moderna, estaba destinada por las potencias á quedar en manos de los turcos. No querían los diplomáticos, entre ellos Wellington, una Grecia fuerte y dilatada, capaz de existir como un Estado independiente sin auxilio extranjero, sino solamente un reducido territorio de refugio para los griegos comprometidos en la insurrección, un país sin fuerzas propias para absorber las islas Jónicas, dominadas por la Inglaterra, y que no pudiera pasar sin la protección de las potencias. Sin embargo, á petición de los gabinetes de Rusia y Francia, se añadió, en 22 de marzo de 1829, á la Morea parte del continente hasta la línea desde Arta á Volo (1), y como los griegos mostraron cada día más claramente con su conducta que de ninguna manera pensaban conformarse con tutela ni vasallaje, fué preciso atenderlos y dar otro paso más. El resultado fué que en 3 de febrero de 1830 la conferencia de Londres adoptó las siguientes bases: 1.ª La Grecia, desde la línea tirada de la embocadura del Aspropotamo hasta la del Esperqueo, será un Estado completamente independiente, regido por un príncipe cuyo trono será hereditario pero que no podrá tomar el título de rey ni ser vástago de ninguna de las familias reinantes representadas en la conferencia. 2.ª Se propondrá á los griegos como príncipe soberano á Leopoldo de Sajonia-Coburgo, el yerno viudo del rey de Inglaterra, aceptado por la conferencia de entre varios otros, algunos de los cuales habían declinado el honor de ser soberanos de los griegos y otros que lo solicitaron y no habían gustado á las potencias; y 3.ª A petición de la Francia, gozarán los católicos en el nuevo Estado libertad de culto.

El príncipe Leopoldo aceptó de plano é incondicionalmente sin escuchar los prudentes avisos de su mentor Stockmar, y cuando, mejor enterado, quiso obtener las concesiones más indispensables para dar vida al nuevo Estado, desnudo de toda clase de recursos, hizo un mal papel como regente de una nación. A esto se agregó la rivalidad de Capodistria, que se había lisonjeado con la esperanza de ser el soberano de su patria, y que antes de verse eliminado y antes de ser votado su rival, convocó en Argos una asamblea nacional que tuvo gran cuidado de que le fuese favorable. Hizose autorizar por esta asamblea para negociar como hasta entonces en nombre de la nación con las potencias, bajo la condición de que los acuerdos que se tomaran necesitarían para ser valederos ser aprobados por los representantes del pueblo griego. Pintó entonces al príncipe Leopoldo en forma de amistoso consejo las dificultades que le aguardaban, y lo hizo tan al vivo que el príncipe empezó á titubear, disgustado ya por el chasco que se había llevado al solicitar la mano de una princesa de Orleans que le fué negada; y habiendo acometido á su suegro una enfermedad gravísima que, si como era de temer, acababa

(1) Este límite ha sido colocado, á consecuencia del tratado de Berlín, más al Norte, desde Arta á Larisa.



Llegada del rey Oton de Grecia á Nauplia (cuadro de P. Hess)

funestamente, debía ser causa de grandes cambios en el estado interior de Inglaterra, enfrío su entusiasmo y renunció en 21 de mayo de 1830, definitivamente, al trono de Grecia. Estalló entonces la revolución de julio en París, que paralizó la conferencia y aplazó hasta una época indeterminada la resolución de las potencias respecto de la suerte de la Grecia.

Había quedado Capodistria solo en el campo, pero su triunfo duró poco. La antipatía general que inspiraba se había trocado en odio, que se aumentó con el eco de la revolución de julio, y en julio del año siguiente estalló la mina. Patriotas como Conduriotis y Maurocordatos se pusieron a la cabeza del pronunciamiento. Miaulis, obedeciendo una orden de la población de la isla de Hidra, se hizo cargo del mando de la escuadra griega en el puerto de Paros, y cuando el almirante ruso Ricord quiso apoderarse de ella a la fuerza, prefirió Miaulis entregarla a las llamas, en 13 de agosto, antes de permitir que cayera en manos de los rusos. Los mainotas se pronunciaron también, pero costó caro el movimiento a la familia principal, la de los Mauromicalis, que ya había perdido en la lucha de la independencia 49 individuos. Ni estas pruebas de patriotismo ni la elevada categoría de príncipes que solían reconocer hasta los extranjeros en los jefes de la familia Mauromicalis, fueron parte para que Capodistria le tuviera consideración. Al contrario, mandó prender a un gran número de individuos de ella, acusándoles de alta traición, incluso el famoso Pedro Mauromicalis, llamado generalmente Petrobei (1), «el rey de la Maina», que a la sazón contaba 56 años y a quien no quiso poner en libertad a pesar de los ruegos de su madre, anciana octogenaria. Esta fue la sentencia de muerte de Capodistria, que en 9 de setiembre al entrar en la iglesia fue asesinado por Constantino y Jorge Mauromicalis, el primero hermano y el segundo sobrino del viejo Pedro ó Petrobei (2). El senado entonces entregó el poder ejecutivo supremo a un triunvirato compuesto del hermano del asesinado, Agustín Capodistria, Colocotronis y Coletis; pero el primero quiso ser dueño único y con esto provocó una nueva guerra civil, que le obligó a abdicar en 9 de abril de 1832, pasando el gobierno a los constitucionales, que pusieron en libertad a Pedro Mauromicalis, pero no tuvieron fuerza para detener la creciente desorganización interior.

Entre tanto, la conferencia de Londres había emprendido otra vez su trabajo y encontrado un nuevo candidato a su gusto para el trono de Grecia en el príncipe Oton, hijo del rey Luis de Baviera, que a la sazón iba a cumplir 17 años y al cual concedieron las potencias, a petición de su padre, el título de rey, le garantizaron un empréstito y la línea de Arta a Volo como límite de su reino. La cuádruple alianza confirmó en 7 de mayo de 1832 la existencia legal del nuevo Estado y en 6 de febrero de 1833 desembarcó el joven rey en Nauplia, acompañado de un consejo de regencia compuesto de bávaros y de un cuerpo de 3,500 hombres, bávaros también.

Crear un reino en el suelo de Grecia, que no presentaba entonces sino una vasta superficie asolada en la cual el viajero solo encontraba ruinas y escombros de aldeas arrasadas, acá y allá algún tronco de árbol carbonizado, y entre montones de piedras algunas mujeres y niños que allí habían buscado un mísero abrigo contra la intemperie, era empresa superior a la inteligencia y a las fuerzas de los bávaros, que solo conocían su propio país, a cuyas instituciones, régimen y costumbres feudales querían adaptarlo todo. El gobierno

(1) Porque el sultán le había nombrado en 1816 bey ó beg.

(2) Constantino Mauromicalis murió en el acto mismo, acuchillado por el séquito de Capodistria. El hecho tuvo lugar no el 9 de setiembre sino el 9 de octubre de 1831. Su hijo Jorge fue preso en el acto y fusilado el 22 del mismo mes. (N. del T.)

autónomo y patriarcal, hasta cierto grado, de los pueblos, ciudades y distritos griegos, les causaba horror, y se propusieron a toda costa reemplazarlo con una administración centralizadora, rígida, brutal y realista, cosa evidentemente imposible, por cuya razón el régimen bávaro no consiguió arraigarse y pasó casi sin dejar huellas.

Para la Europa, la redención del pueblo griego significó una etapa memorabilísima de su historia moderna por muchas razones; primero, porque fue un gran paso para la expulsión de los turcos de Europa; luego porque originó la disolución de la Santa Alianza, y mas que todo, por la semilla de vigor nacional que dejó en los pueblos europeos la impresión producida por la lucha heroica y la victoria final de una nación reducidísima. La conducta decidida y arrojada de Canning había hecho penetrar una brisa refrigerante en la asfixiante atmósfera de la política ultra monárquica de los soberanos de aquella época; pero la lucha del pueblo griego por su independencia sacudió de los ánimos en toda Europa la atonía, el desaliento y el desengaño fatalista que los tenían embargados desde el fin de las guerras napoleónicas y el naufragio de tantas esperanzas halagüeñas como habían alimentado los corazones liberales. El entusiasmo que la redención del exiguo pueblo griego despertó en individuos de todos los partidos y clases de la sociedad, hizo renacer la fe en la virtud y en la fuerza de los bienes intelectuales del hombre, y esta fue la primera manifestación grande y eficaz, aunque tácita, de la opinión pública.

### CAPITULO III

#### ESTADO INTERIOR DE INGLATERRA DESPUES DE 1815 (3)

Los principios para cuya aplicación universal se habían reunido las potencias absolutistas en el congreso de Troppau, habían quedado arrollados por el empuje irresistible de la realidad de los hechos. El desarrollo interior de los pueblos fue uno de los factores principales que contribuyeron a destruir un sistema que pretendía encerrar la expansión é incremento del genio humano en un estrecho y arbitrario molde. Esta expansión fue la que obligó al gobierno tory inglés, tan inclinado a los principios de la Santa Alianza, a mantenerse desde el primer momento apartado de ella, a prescindir después, y finalmente, a declararse contra ella y oponerle un dique.

Con la conclusión de las guerras napoleónicas empezó para la Inglaterra una época de transformación trascendental. Ninguna otra nación había combatido a la revolución francesa con mas perseverancia que la Gran Bretaña, protegida por las olas contra la invasión francesa, que se derramó por todos los países del continente. Pero ni las olas, ni la consecuencia inflexible fueron bastantes para impedir la introducción de los gérmenes democráticos, procedentes de los Estados-Unidos de América y de Francia, en el edificio político-aristocrático, tan sólidamente trabado y consagrado por el tiempo y la tradición, de la vieja Inglaterra. Solo la nación inglesa con su práctica y buen sentido políticos pudo resistir sin peligro notable la aclimatación de las nuevas doctrinas y hasta sacar de ellas nuevo vigor para su existencia y vitalidad, mientras en Francia estas mismas doctrinas produjeron cataclismos que tuvieron al país en un estado de fermentación a veces espantosa y lo llevaron al borde de su ruina completa, como llevaron a los países neo-latinos meridionales.

(3) R. Pauli, *Historia de Inglaterra desde los tratados de paz de 1814 y 1815* (en alemán, 1864), tomo I.—Spencer Walpole, *History of England from the conclusion of the great war in 1815*, tomo I y II. 1878.